



XIX

Mi segunda visita

MI segunda visita fué para la familia Kornakov. Vivían en el primer piso de una grande y lujosa casa. La escalera era muy suntuosa y estaba admirablemente limpia. Toda ella cubierta por alfombras que mantenían fijas unas barras de cobre triangulares y relucientes; pero no había en parte alguna ni flores ni espejos. La sala que atravesé para pasar al salón estaba severamente amueblada, pero daba una impresión de gran frialdad; todo brillaba en ella y tenía apariencia de sólido, pero no había nada nuevo y menos aun elegante; tampoco había cuadros, ni cortinajes, nada de adornos inútiles.

Algunas de las princesas se hallaban en el salón, pero tan tíesamente sentadas y guardando todos sus miembros una tal inmovilidad, que enseguida se comprendía que no se sentaban de aquel modo sino cuando habían de recibir alguna visita.

—Mamá vendrá al momento,—me dijo la mayor de las princesas, sentándose más cerca de mí.

Durante más de un cuarto de hora, esa princesa me entretuvo con su conversación con tan extraordinaria habilidad que la charla no decayó ni un punto. Pero se descubría á la legua que lo que ella quería precisamente era eso, entretenerme, y por ello me disgustó doblemente. Me contó, entre otras muchas cosas, que su hermano

Estéban—ella le llamaba *Etienne*—entrado hacía dos años en una escuela militar, había sido ya nombrado oficial. Cuando hablaba de su hermano, y sobre todo cuando me dijo que había entrado en la carrera militar contra los deseos de su madre, la princesa puso una cara en que se pintaba el más grande de los horrores, y las demás princesas, sin decir ninguna de ellas una sola palabra, pusieron también cara de espanto. Al hablarme de la muerte de mi abuela tomó asimismo aires de gran tristeza, y las demás hicieron igualmente; cuando me recordó el modo cómo pegué á Saint-Jerôme y el castigo que después me dieron, se rió la princesa enseñándome unos dientes muy feos, y todas las demás princesas se rieron igualmente y me enseñaron todas unos dientes á cuál más feos.



Entró en esto la princesa madre; era la misma mujer pequeña y delgada, con sus ojos huidos y sin haber perdido la costumbre de mirar á las demás mientras estaba hablando con alguien. Me tomó la mano y me levantó la suya hasta la altura de sus labios para que se la besase, lo cual ciertamente no hubiera yo hecho, pues no me pareció que hubiese necesidad ninguna.

—Estoy muy contenta de veros—dijo con sus habituales ganas de charlar y mirando á sus hijas.—Oh! cómo se parece á su madre!... No es verdad, Elisa?

A Elisa le pareció que era verdad, aunque á mí me constaba de un modo positivo que no había ninguna semejanza física entre mi madre y yo.

—El caso es que sois ya todo un hombre! Y mi Esteban, á quien recordáis seguramente, es ya oficial de húsares... Mi Estéban es primo vuestro, salido de hermano... No, dime Elisa, cómo es eso: Mi madre se llamaba Varvara Dmitrievna, hija de Dmitri Nikolaievitch, y vuestra abuela Natalia Nikolaievna...

—Entonces, son primos en cuarto grado, mamá—dijo la mayor de las princesas.

—Oh! todo lo confundes tú...—le gritó la madre malhumorada, —no son primos de cuarto grado, nada de esto, sino salidos de hermano... Esto es lo que sois con mi *Etienne*. Es ya oficial, en verdad; pero no conviene que ande demasiado libre. A vosotros, la

juventud, no se puede dejaros con demasiada libertad, es muy peligroso... Y no os enfadéis contra vuestra vieja tía si os dice la verdad! He educado muy severamente á mi hijo, y creo que ha de ser así. Ved, ved de qué modo somos nosotros parientes,—continuó diciendo:—el príncipe Ivan Ivanovitch es mi tío y era tío de vuestra mamá, de manera que vuestra mamá y yo somos primas hermanas, no salidas de hermanos. Sí, esto es, en efecto... Y decidme, amigo, habéis ido ya á casa del príncipe Ivan?

Contesté que no había ido todavía, pero que iría hoy mismo sin falta.

—Oh! es posible?—exclamó.—Es la primera visita que debíais haber hecho. Ya sabéis que el príncipe Ivan es para vos lo mismo que un padre. No tiene hijos, ni más herederos que vosotros y mis hijos. Habéis de respetarle por su edad, por su posición en el mundo y por todo lo demás. Ya sé yo que vosotros, la juventud de hoy día, no hacéis gran caso de los parientes y que tampoco sois amigos de los viejos, pero escuchad á esta vieja tía vuestra que tanto os quiere, que tanto quiso á vuestra madre y que amó y respetó mucho á vuestra abuela. Vaya, haced esta visita enseguida, hacedla.

Dije que iría á ver al príncipe Ivan con toda seguridad, y como me pareció que mi visita había ya durado bastante, me levanté para marcharme, pero ella me retuvo todavía.

—No, esperad un momento. Anda, Elisa, llama á tu padre. Estará muy contento de veros,—prosiguió dirigiéndose otra vez á mí.

En efecto, no habían pasado dos minutos cuando entró el príncipe Mikhail. Era un señor de mediana estatura, robusto, descuidadamente vestido, sin afeitar, y tenía su rostro una tan indiferente expresión que hacía el efecto de un puro idiota. No se mostró nada contento de verme, ó cuando menos no se esforzó lo más mínimo en demostrarlo. Pero la princesa, á la cual tenía indudablemente miedo, le dijo así:

—No es verdad que Volodia—sin duda había olvidado mi nombre,—se parece extraordinariamente á su mamá?

Acompañó sus palabras con tan repetidos signos con la mirada que al fin comprendió el príncipe sin duda lo que quería, se me aproximó y, con la expresión más indiferente que se podía esperar en tal momento, me tendió su mejilla no afeitada que me ví obligado á besar.

—Ah! pero no te has vestido aun y has de salir,—le gritó la princesa con tono de gran enfado, que le era sin duda habitual en sus relaciones con la familia.

—Enseguida, enseguida, madrecita!—dijo el príncipe Mikhail, y salió.

Yo saludé entonces á las princesas todas y salí también. Por la primera vez oía decir que éramos nosotros herederos del príncipe Ivan Ivanovitch, y esta noticia me causó un efecto deplorable.



XX

Mi tercera visita

DESDE aquel punto me fué todavía mucho más penoso pensar en la visita, visita indispensable, que había de hacer al viejo general. Pero antes de ir á casa del príncipe, visitaría á los Ivine, cuyo domicilio me salía al paso. Habitaban una grande y hermosa casa de la calle de Iverskaia. No sin algún miedo atravesé el vestíbulo, á cuya puerta se hallaba un gran suizo con una porra en la mano.



Le pregunté si sus amos se hallaban en casa.
—Qué deseáis? El hijo del general sí que se halla en casa,—me contestó aquel hombrón.
—El general está?—le pregunté haciendo un gran esfuerzo.
—Es preciso anunciar. Cómo os llamáis?—y tocó un timbre, apareciendo la figura de un criado en lo alto de la escalera. Estaba yo tan cortado que ni recuerdo lo que dije para que no me anunciase enseguida al general, sino que me hiciese pasar antes á las habitaciones de su hijo. Mientras subía yo la gran escalera, parecióme que me había vuelto infinitamente pequeño, no en el sentido figurado de la palabra, sino en su más propio sentido; experimenté la misma sensa-

ción que cuando mi carruaje se detuvo ante el inmenso portal de la casa: mi coche, mi cocheró y yo mismo me pareció que nos volvíamos todos pequeñitos. El hijo del general se hallaba tendido sobre el diván, con un libro abierto delante de los cerrados ojos, y dormía en el momento de entrar yo en la estancia. El señor Frost, su preceptor, que se hallaba todavía en la casa, con un aire de hombre decidido penetró detrás de mí en la estancia, y despertó á su discípulo. Ivine no demostró una alegría muy extraordinaria al verme, y observé que mientras hablaba conmigo no cesaba de mirarme á los ojos. A pesar de portarse con una gran cortesía, parecióme que se ocupaba de mí del mismo modo que había hecho la princesa; que no sentía hacia mí la más pequeña simpatía, ni le importaba gran cosa trabar relaciones conmigo, pues sin duda tenía ya otras muchas, de clase más apropiada á la suya. Comprendí todo esto al ver que con tanta tenacidad me miraba á los ojos y sobre todo á las cejas. En una palabra, su actitud con respecto á mí venía á ser la misma—por desagradable que fuese á mi amor propio—que yo había observado poco antes con Ilinka. Empecé á sentir mi susceptibilidad herida y cuando llegaba á descubrir que alguna de sus miradas se cruzaba con la de Frost, me parecía leer en ella algo que significaba: «Pero, por qué ha venido este chico á casa?»

Después de hablar un rato conmigo, me dijo Ivine que su padre y su madre estaban en casa, y que si quería verles él me acompañaría.

—Voy á vestirme... Vuelvo enseguida,—añadió dirigiéndose á un cuarto vecino, aunque me pareció á mí que no necesitaba vestirse, pues llevaba un traje muy nuevo, con chaleco blanco. Poco tardó, en efecto, en presentarse otra vez, vestido con el uniforme escolar y juntos empezamos á atravesar salas y salones, todos ellos de alta techumbre y proporciones vastas y, según á mí me pareció, amueblados con gran lujo. Se veía en todas partes mármoles y oro y muchos y grandes espejos. Al entrar nosotros en el gran salón, apareció en la puerta del opuesto lado la señora Ivine, que me recibió muy amistosamente y con grandes muestras de alegría; me hizo sentar á su lado y con mucho interés me fué preguntando por toda mi familia.

La señora Ivine, á quien yo recordaba haber visto únicamente dos veces y que examiné con toda la atención de que fui capaz, me gustó muchísimo. Era de elevada estatura, delgada, pálida y parecía estar siempre ó fatigada ó triste. Su sonrisa aparecía siempre impregnada de una profunda melancolía, pero también de

una gran bondad; sus hermosos ojos, un poco oblicuos, de mirar fatigado, le daban una expresión aun más triste, pero también más atrayente. Al sentarse aparecía, no encorvada, pero cómo aplanaada sobre sí misma, y en todos sus movimientos demostraba una gran fatiga moral. Hablaba despacio y muellemente, pero el sonido de su voz y la pronunciación indistinta de las letras *l* y *r* eran en ella muy agradables. No trataba de hacer ella sola todo el gasto de la conversación, como la princesa, y se comprendía que las noticias que yo le daba acerca de mi familia la impresionaban muchísimo, como si al escucharme á mí fuese recordando días mejores para ella. Su hijo nos dejó solos, y entonces se me quedó mirando lo menos dos minutos, y súbitamente rompió á llorar en abundancia... Yo me hallaba sentado enfrente de ella, y no supe en semejante trance qué hacer ni qué decir, mientras ella seguía llorando sin preocuparse siquiera de mi presencia. Sentí primero una gran lástima por ella, y enseguida pensé: «La habré de consolar; pero, cómo hacerlo?» Luego sentí una especie de despecho contra ella, pues me colocaba en una tan embarazosa situación. «Tengo yo acaso tan lúgubre aspecto que haga llorar á las gentes?» iba



pensando yo. «O quizás lo ha hecho expresamente tan sólo para ver lo que yo haría. Pero marcharme ahora no estaría bien, pues sería lo mismo que huir de sus lágrimas», continuaba yo diciéndome mentalmente. Me moví entonces un poco en mi silla, para recordarle siquiera que estaba allí.

—Ah! cuán tonta soy!—hizo la señora Ivine, levantando los ojos y esforzándose por sonreír.—Hay días en que llora una sin verdadera causa para ello...

Recogió el pañuelo y se puso á llorar todavía con más fuerza.

—Ah! Dios mío!... Pero qué ridículo llorar así!... No obstante, amaba tanto á vuestra madre, éramos tan profundamente amigas... éramos... que...

Se cubrió el rostro con el pañuelo y siguió llorando todavía. De nuevo hallé que era muy embarazosa mi situación y que se prolongaba ya demasiado. Sentía á la vez lástima y rabia hacia la señora Ivine. Sus lágrimas me parecían sinceras, pero me pareció también que más que por mi madre lloraba por ella misma, sin duda por qué

recordaría ahora tiempos mucho mejores. No sé cómo hubiera terminado la escena, sino hubiese entrado de pronto el joven Ivine diciendo que su padre la llamaba. Se levantó y se disponía á salir cuando el mismo señor Ivine penetró en el salón. Era un hombre pequeño, muy gordo, con unas cejas muy negras y espesas, con el cabello enteramente gris, rapado, y respirando todo él una expresión por demás severa y enérgica.

Me puse en pie y le saludé, pero el señor Ivine, sobre cuyo pecho lucían tres estrellas, no contestó á mi saludo ni me miró siquiera, de tal modo que en aquel punto comprendí con toda claridad que yo no era un hombre, sino un objeto cualquiera, indigno de toda atención, como una silla ó una mesa, ó bien que, aún siendo un hombre, no por eso representaba gran cosa más que una silla ó una mesa.

—No habéis escrito todavía á la condesa, amiga mía,—dijo á su mujer, en francés, con expresión de indiferencia, pero sin que abandonase un punto su semblante la habitual austeridad.

—Adios, señor Irteniev,—me dijo la dama, levantando orgullosamente la cabeza y mirándome á las cejas, cómo había hecho antes su hijo. La saludé á ella y á su marido, sobre quien hizo mi saludo el mismísimo efecto que la primera vez. Sin embargo, el estudiante me acompañó hasta la puerta, diciéndome por el camino que entraría en la Universidad de San Petersburgo, pues su padre había obtenido un cargo importantísimo en la ciudad imperial.

Al instalarme en mi coche, pensé: «Dirá papá lo que quiera, pero lo que es yo no pongo otra vez los pies en esta casa... La señora no hace más que lloriquear, al verme, como si yo fuese un sér desgraciado; Ivine, el imbécil, ni me devuelve siquiera el saludo. Ya le enseñaré yo...»—Qué es lo que yo quería enseñarle al *imbécil* de Ivine? No lo sé, pero lo cierto es que esto iba pensando.

Después, hube de escuchar varias veces las exhortaciones de papá, quien hallaba necesario que cultivase las relaciones con Ivine, pareciéndole natural mientras tanto, que un hombre de su posición no se ocupase de un muchacho, como yo era, al encontrarle en su casa; pero yo me defendí cómo pude durante mucho tiempo.